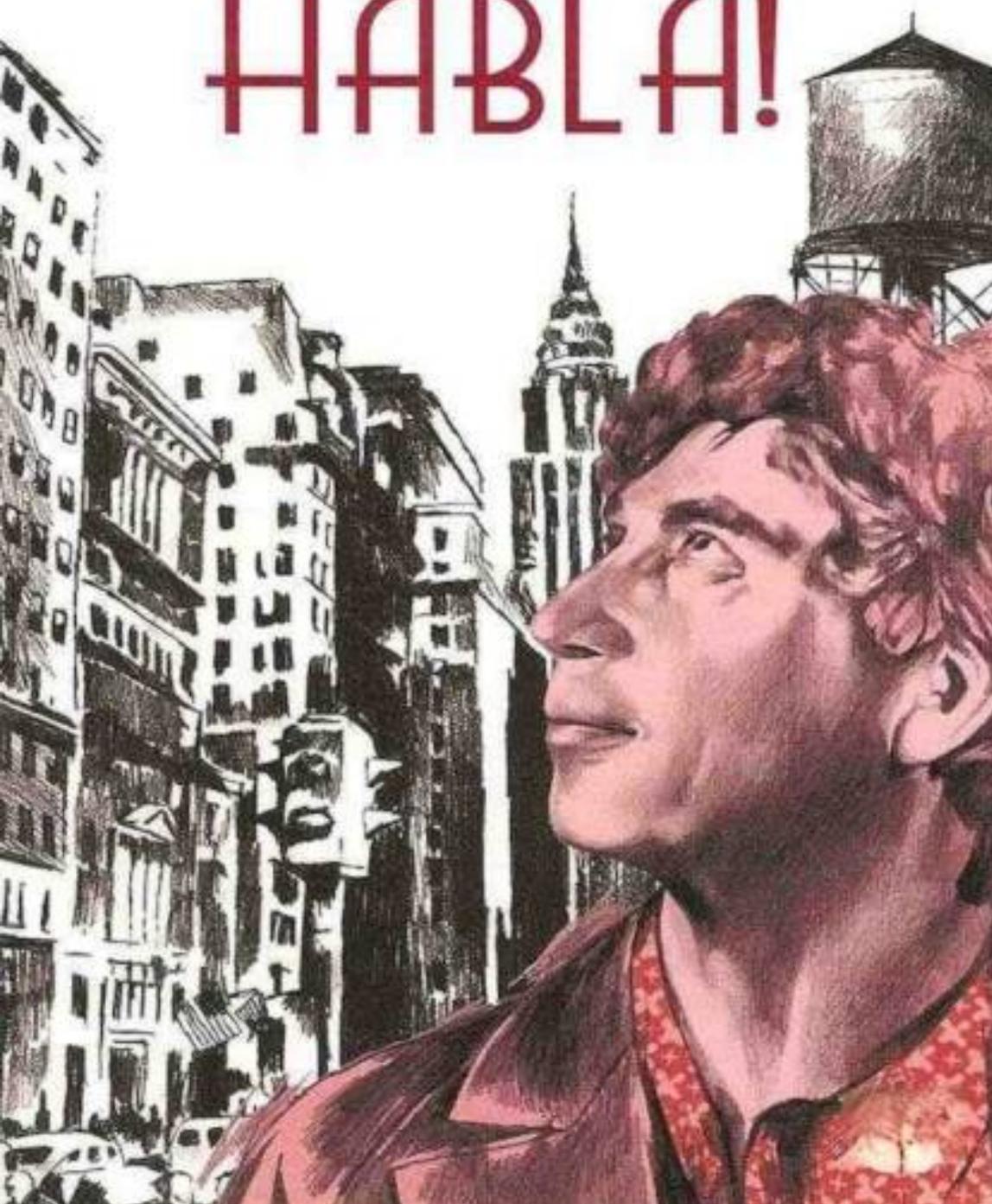


HARPO MARX

¡HARPO HABLA!



«Ha llegado el momento para mí de echar a volar mi imaginación, tumbarme al sol, quitarme los zapatos y, por fin, hablar». Con estas palabras, Harpo Marx, el famoso hermano mudo, rompe su silencio en unas delirantes y conmovedoras memorias escritas con el inimitable sentido del humor de los hermanos Marx. Harpo relata en estas páginas su infancia en el Nueva York de principios de siglo, donde fue expulsado de la escuela y tuvo que aprender por sí mismo; la historia de su estrambótica familia; la precariedad de los inicios de su carrera artística, y el éxito en los años dorados de Hollywood. Una lectura inolvidable.

A Bill, Alex, Jimmy, Minnie y Susan, de mi
parte, con amor

I CONFESIONES DE UN ARPISTA VARÓN



No sé si mi vida ha sido un éxito o un fracaso. Pero como no tengo ninguna prisa en convertirme en una de las dos cosas y dejar de ser la otra, y puesto que me tomo simplemente las cosas tal como vienen, me sobra mucho tiempo para disfrutar de la vida.

Lo que no soy ahora y no he sido nunca es una Celebridad. No me paran desconocidos en la calle para pedirme autógrafos. La gente no me reconoce sin mi disfraz. El público nunca ha oído mi voz. En este sentido, soy muy diferente de mi hermano Groucho, que es una auténtica Celebridad de catorce quilates.

No serviría de nada que os describiera mi aspecto; seguiríais sin reconocerme. ¿Habéis visto un hombre que responda a la siguiente descripción?

Un poco por debajo de la altura promedio. Movimientos lentos y fáciles. Ojos, verdes. El pelo tal vez fue castaño en otros tiempos; ahora es demasiado escaso para saberlo. Piel tostada de jugador de golf. Ningún rasgo distintivo excepto, tal vez, las cejas, que generalmente están levantadas: podrían indicar azoro o curiosidad; es difícil decir cuál de las dos cosas. Poco perceptible en las reuniones sociales. Capaz de permanecer sentado en silencio con las manos en el borde de la mesa, sonriendo a la gente que pasa. De vez en cuando dice algo por la comisura de la boca, pero nadie puede oírlo. Edad indefinida. Podría ser más viejo de lo que parece, o prematuramente maduro.

Tal vez os parecerá que habéis visto a ese hombre. Podría ser el segundo por la derecha en la cuarta mesa de la foto de grupo de la Convención de Viticultores del Sur. Podría ser el tipo que dejasteis pasar en la cola de la caja del supermercado porque sólo llevaba dos plátanos y una caja de pastas de hi-

go. Pero no sería yo. Me dedico a la viticultura, pero no voy a las convenciones. Me gusta comer, pero mi esposa Susan hace la compra.

Mi mujer también se encarga de cocinar, y le gusta coser, y pinta al óleo en los ratos libres. También estaba en el mundo del espectáculo, es cierto, pero lo dejó hace casi treinta años para casarse conmigo. Ninguno de nuestros cuatro hijos piensa siquiera en subir a un escenario. Sus respectivos intereses se refieren a la composición musical, la mecánica automotriz, los coches espaciales y los caballos. Tenemos tres perros, todos ellos cruzados.

Llevamos una tranquila vida campestre, o así era hasta que mi hijo Alex obtuvo el carnet de conducir y le hizo algo al silenciador de su viejo Ford que hace que suene como un avión a reacción.

Si algo es característico en mí, es la única cosa que el público no conoce: mi voz. Todavía hablo con el acento de la calle 93 Este de Nueva York. Pronuncio mi nombre de manera que suena algo así como «Hoppo». Y cuando contesto el teléfono, no digo «Hola», sino «¿Yah?», como si siempre esperara escuchar algo interesante. Generalmente, así ocurre.

En este punto debo hacer una confesión. Existe un personaje que lleva el mismo nombre que yo y que *sí* es una especie de celebridad. Lleva una peluca roja y desaliñada y un impermeable harapiento. No puede hablar, pero puede hacer muecas imbéciles, tocar una bocina, silbar, soplar burbujas, guiñar los ojos y saltar tras las rubias y poner en escena toda suerte de charadas y prestidigitaciones. No le envi-

dio a este personaje su fama y su fortuna... porque empezó sin talento alguno.

Si habéis visto alguna vez una película de los Hermanos Marx, ya sabéis cuál es la diferencia entre él y yo. Cuando persigue a una chica por toda la pantalla es Él. Cuando se sienta a tocar el arpa, soy Yo. En cuanto toco las cuerdas del arpa, dejo de ser un actor.

Este Yo empieza a sonar como un tipo un tanto aburrido, ¿no es así? Tal vez lo soy, pero he tenido la suerte suficiente, en cambio, de hacer muchas cosas que la mayoría de la gente nunca logra hacer.

He tocado el piano en una casa de putas. He sacado papeles secretos de Rusia clandestinamente. Me he pasado una tarde en un diván con Peggy Hopkins Joyce. He enseñado a toda una pandilla de gangsters a jugar al pincha-pellizca. He jugado al *croquet* con Herbert Bayard Swope mientras él tenía al gobernador Al Smith esperándole al teléfono. He apostado con Nick el Griego, me he sentado en el suelo con Greta Garbo, he cambiado fintas de boxeo con Benny Leonard, he cabalgado con el príncipe de Gales, he jugado al *ping-pong* con George Gershwin. George Bernard Shaw me ha pedido consejo. Oscar Levant ha tocado conciertos privados para mí a un dólar por la tirada. He jugado al golf con Ben Hogan y Sam Snead. He tomado el sol en la Riviera con Somerset Maugham y Elsa Maxwell. Me han echado del casino de Monte Cario.

Embriagado por mis triunfos en la mesa de *poker*, he desafiado a Alexander Woollcott a un torneo de anagramas y a Alice Duer Miller a un duelo ortográfico.

co. He dado lecciones a algunos de los músicos más grandes del mundo. He sido miembro de dos de las más famosas Mesas Redondas que hayan existido desde tiempos del rey Arturo: me he sentado con las mentes más privilegiadas y creativas en el Algonquin de Nueva York, en los años veinte, y con los más agudos ingenios profesionales de Hollywood en el Hillcrest.

(Más adelante en el libro algunas de estas actividades no parecerán tan impresionantes, cuando cuente la historia completa. Como qué estaba haciendo en el diván con Peggy Hopkins Joyce. Le estaba leyendo tiras cómicas).

La verdad es que no tenía derecho de hacer ninguna de estas cosas. No podía leer una nota de música. Nunca terminé el segundo grado. Pero me estaba divirtiendo demasiado para reconocer que era un advenedizo ignorante.

No recuerdo haber comido nunca mal. He comido en el comedor aristocrático de William Randolph Hearst en San Simeón, en Voisin's y en el Colony, y en los mejores restaurantes de París. Pero el sitio que mejor recuerdo, de los tiempos en que estaba crónicamente muerto de hambre, es un antro que se llamaba Max's Busy Bee (La abejita laboriosa de Max). En el Busy Bee, un bocadillo de salmón y pan de centeno costaba tres centavos por pie cuadrado, y por cuatro centavos más se podía comprar una tarta de fresa con un montón de nata encima y un vaso de limonada. Pero la comida más absolutamente deli-

ciosa que jamás he disfrutado era la que preparaba el chef más inspirado que nunca conocí: mi padre. Mi padre necesitaba inspiración, porque tenía poco material con que trabajar.

No recuerdo haber dormido nunca mal. He dormido en villas de Cannes y Antibes, en la isla donde Alexander Woollcott tenía su refugio en Vermont, en las mansiones de los Vanderbilt y de Otto H. Kahn y en la cárcel de Gloversville, Nueva York. He dormido sobre mesas de billar, mesas de camerino, tapas de pianos, bancos de baños públicos, en cestos de retales y estuches de arpa, y de *cuatro en fondo* en la litera de arriba. He conocido el lujo supremo de dormir bajo el sol de junio, en un prado, mientras el cordel de una cometa me hacía cosquillas en la planta del pie.

No recuerdo haber visto nunca mal teatro. He visto de todo, desde los vodeviles de Coney Island hasta el Teatro Artístico de Moscú. Si me encuentro atrapado en un teatro y la obra empieza de una manera decepcionante, tengo una forma fácil de evitar verla. Me quedo dormido.

Mis únicos vicios —y los he superado todos con la edad— han sido el billar, el cróquet, el *poker*, el *bridge* y los caramelos de regaliz. Hace veinte años que no fumo.

La única mujer de la que he estado enamorado todavía está casada conmigo.

Mi único Problema Alcohólico es que el brebaje no me gusta demasiado.

Así que, ¿qué puedo confesar? Tengo en efecto una debilidad suficientemente grande como para es-

cribir un libro sobre ella. Mi debilidad es la gente. Dado que nunca he seguido la ruta directa de ninguna parte a ninguna parte, he tenido tiempo de conocer y escuchar a mucha gente. En los años veinte, cuando todo el mundo hablaba al mismo tiempo, yo era uno de los pocos oyentes profesionales que había en circulación.

Me han preguntado: «Cuando usted frecuentaba a personas como George S. Kaufman, Marc Connelly, Harold Ross, Sam Behrman, Ben Hecht, Heywood Broun, F. P. A, Dorothy Parker, Ethel Barrymore, Benchley, Swope y Woolcott, ¿de qué diablos hablaba usted?». La respuesta es simple. Cuando estaba con gente como ésa, de nada servía hablar. Yo escuchaba.

Por alguna razón, todos ellos me aceptaban. Creo que era porque yo los aceptaba a ellos, no como Personas Muy Importantes o genios, sino como jugadores de cartas, ases del billar, fanáticos del *croquet*, adictos de los juegos de salón, narradores de cuentos o bromistas pesados: cualquier cosa que les divirtiera muchísimo cuando no estaban trabajando. Estas personas notables no son el tipo de gente que puede frecuentar el cómico de vodevil medio o el músico autodidacta. Es decir, no puede si obedece a la regla dorada del éxito y no haraganea ni divaga en la dirección equivocada. Gracias a Dios, yo obedecía a mis propias reglas y nunca fui a ninguna parte por la ruta establecida.

Si podéis seguirme por ahí –a través de los bares de mala muerte y las casas de empeño del East Side, el Orpheum Circuit^[1], las fincas y burdeles de Long

Island, un barco casino en el río Ghio, un puesto de frontera en la Unión Soviética y la Metro-Goldwyn-Mayer— entenderéis lo que quiero decir. Y comprenderéis a qué se debe mi gratitud.

Así pues, ha llegado el momento de echar a volar la cometa, tenderme al sol, sacarme los zapatos y recitar mi papel. «Los días de lucha han pasado», debería decir. «Puedo mirar atrás y decirme que no me arrepiento de nada».

Pero sí me arrepiento.

Hace muchos años un hombre muy sabio llamado Bernard Baruch me llevó aparte y me puso el brazo sobre los hombros.

—Harpo, hijo mío —me dijo—. Voy a darte tres consejos, tres cosas que debes recordar siempre.

Mi corazón se aceleró y me puse rojo de expectación. Iba a oír la fórmula mágica para lograr una vida rica y plena, de labios del maestro en persona.

—¿Sí señor? —le dije. Y me dijo las tres cosas.

Me arrepiento de haber olvidado cuáles eran.

II LA EDUCACIÓN DE MÍ MISMO



Circula por ahí la leyenda de que yo no fui mucho a la escuela. Por tanto, tal vez sorprenda a mucha gente oír la declaración siguiente, que es cierta: «Harpo oyó cátedra en el Hamilton College de Clinton, Nueva York, durante seis años; se le dio completa libertad para moverse por el colegio y fue celebrado como el alumno más joven que jamás asistiera a clases en la historia de tan venerada y antigua institución».

Bueno, más vale que diga toda la verdad. El Harpo que fue a la universidad no era yo. El Harpo que fue a la universidad era un perro, un caniche de color ciruela. Le fue ofrecido en adopción a un profesor por el alumno más famoso de Hamilton, Alexander Woollcott, autor de la declaración citada. Me temo que la leyenda es cierta. No fui mucho a la escuela. La triste verdad es que nunca terminé el segundo curso.

Sin embargo, de alguna manera, he conseguido educarme a mí mismo. No soy el escritor ni el erudito que es, por ejemplo, Groucho Marx. No pretendo serlo. Pero puedo leer sin mover los labios y puedo seguir una conversación literaria bastante ágil sin desentonar demasiado. Puedo hablar de Monet, los primitivos americanos o Ravel y Debussy sin que nadie se sienta incómodo, ni siquiera yo mismo. Me gusta creer que estoy al día en política, problemas mundiales, la lucha por la integración racial o los problemas de los adolescentes de Estados Unidos. Trato de estarlo. Estas cosas son tan interesantes para mí como los coches, la ropa y los artilugios fiscales para algunos tipos que conozco, que fueron a la universidad en persona y no por poderes, bajo la forma de un caniche color ciruela.

No sé exactamente cómo conseguí, con los años, educarme. Sólo sé que ocurrió durante mi estancia en la Escuela Pública n.º 86 de la ciudad de Nueva York.

Al cambiar el siglo en 1900, la gente intentó empezar el nuevo siglo con borrón y cuenta nueva. Algunos olvidaron antiguas deudas. Algunos limpiaron

su expediente cambiándose de nombre. Otros iniciaron una nueva vida dejando el *whisky* de centeno, las palabrotas o el rapé. La Junta de Educación de la ciudad de Nueva York lo hizo promoviendo a Adolph Marx al segundo curso.

Fue un gesto noble, pero no funcionó. El año y medio que se pasó Adolph Marx en el Segundo Curso fue un desperdicio de tiempo y de dinero de los contribuyentes todavía mayor que el año que había pasado flotando y soñando por el Primer Curso.

(Adolph es el nombre que me dieron cuando nací, en la ciudad de Nueva York, en 1893. Harpo es el nombre que me pusieron en una partida de póker veinticinco años después. En la misma partida, mi hermano Leonard se convirtió en «Chico», Julius en «Groucho», Milton en «Gummo» y Herbert se convirtió más tarde en «Zeppo». Esas agarraderas aguantaron firmemente desde el momento en que nos las atornillaron. Ahora es como si nunca hubiésemos tenido otros nombres. Así que a lo largo de estas páginas nos llamaremos siempre Chico, Harpo, Groucho, Gummo y Zeppo).

De cualquier modo, mi escolaridad formal terminó a la mitad de mi segundo fracaso en el segundo curso, momento en que dejé la escuela del modo más directo posible. Me tiraron por la ventana.

Esto se debió a dos causas. Una fue un niño irlandés muy grande que había en mi clase y la otra otro niño irlandés más grande aún. Yo era el juguete perfecto para ellos, una víctima predestinada. Era pequeño para mi edad. Tenía una voz tipluda y chirriante. Y era el único niño judío de la clase. La maestra,

una señora llamada *Miss Flatto*, había desistido ya de enseñarme nada. A *miss Flatto* le gustaba augurar, delante de toda la clase, que yo no llegaría a nada bueno. Era el único tema en que los chicos irlandeses estaban de acuerdo con *miss Flatto* y procuraban que su predicción se cumpliera.

De vez en cuando, cuando *miss Flatto* salía de la clase los irlandeses me levantaban y me tiraban por la ventana a la calle. Afortunadamente, nuestra clase estaba en el primer piso. La caída era de unos dos metros y medio: suficiente para un buen trancazo pero insuficiente para romperse ningún hueso.

Me recogía a mí mismo, me desempolvaba y volvía a la clase tan pronto como podía estar seguro de que la maestra había vuelto. Le explicaba a *miss Flatto* que había ido al lavabo. Sabía que si me chivaba recibiría algo peor que un súbito mutis por la ventana. Ella debía pensar que si yo no tenía sensatez suficiente para controlar mis órganos, menos aún la tendría para comprender la lectura y la escritura. Empezó a enviarme notitas a mi madre, todas con la misma advertencia: había que hacer algo para enderezarme o sería la vergüenza de mi familia, mi comunidad y mi país.

Por entonces mi madre estaba demasiado ocupada con otros asuntos para enderezarme al sistema de la escuela pública. Por ejemplo, parecía más urgente mantener a mi hermano mayor Chico fuera de las salas de billar que mantenerme a mí en las aulas.

De modo que mi madre nombró a un delegado para que conferenciara con *miss Flatto*. Fue una idea infortunada. El delegado fue el novio de mi prima